

NECROLOGIAS

ELIAS TERES SADABA
(1915-1983)

En el volumen anterior de *Miscelánea* (XXXI, 1982), cuya impresión se hallaba ya ultimada al ocurrir, en el verano de 1983, la muerte de don Elías Terés (10 de julio) y la del P. Félix M.^a Pareja (25 de agosto), se prometía dedicar a ambos sendas semblanzas necrológicas, promesa que ahora cumplimos, redactando yo la de don Elías y José M.^a Fórneas, director de la revista, la del P. Pareja.

Cuando escribo estas líneas, se van a cumplir 40 años desde que, a finales de 1944, saludé por vez primera a don Elías Terés en la Escuela de Estudios Arabes de Madrid —entonces ubicada en el antiguo caserón de la calle de San Vicente—, con motivo de uno de los pocos viajes que hizo a la capital mientras estuvo encargado de la cátedra de “Lengua y Literatura árabes” de la Universidad de Zaragoza (1943-45).

Luego fui alumno suyo durante el curso 1945-46, último de mi carrera civil y cuando él era ya profesor adjunto de “Lengua y Literatura árabes” en la Universidad de Madrid, entonces llamada Central y hoy Complutense. Posteriormente, y salvo el año que permaneció en Barcelona como titular de la cátedra de “Lengua árabe y árabe vulgar” de su Universidad, ganada por oposición en mayo de 1949, nuestras relaciones en Madrid —adonde volvió para ocupar la cátedra de “Literatura arábica”, vacante por la muerte, en trágico accidente, de nuestro recordado profesor don Angel Gon-

zález Palencia—, fueron cotidianas y se desarrollaron siempre en un clima de entrañable amistad, así en la Universidad como en la Escuela; clima que recordamos con verdadera nostalgia cuantos de él disfrutamos y en el cual don Elías era pieza clave por su noble carácter, su serena cordialidad, su disponibilidad inagotable, su delicada ironía y su palabra siempre justa y mesurada, que sólo en ciertos temas de su particular afición adquiría inesperada viveza y excepcional entusiasmo.

Desde que me vine a Granada, a comienzos de 1955, si mis relaciones con el profesor Terés dejaron de ser cotidianas, no por ello fueron menos cordiales, de tal manera que cada nuevo encuentro con él me deparaba un renovado placer. Como saben nuestros compañeros, yo siempre le llamaba “Sabio Maestro” recordándole mis tiempos de alumno, mientras él, con aquella su media sonrisa tan característica, decía cariñosamente: “Este frailecito gallego está siempre de broma y me quiere tomar el pelo”.

La real perspectiva que la desaparición de don Elías Terés nos ofrece, ya sin las limitaciones que con frecuencia, y paradójicamente, suele implicar lo inmediato y cercano, nos permite fijar con mayor nitidez y valorar en toda su dimensión las cualidades distintivas que configuraban su personalidad científica y humana.

Una de esas cualidades era su acrisolada modestia intelectual, en la que jamás podía descubrirse el más leve asomo de pedantería y vanidad; modestia que no se debía a cierta “debilidad temperamental” —que él confesaba tener—, sino que radicaba en una exigente autocrítica, por la que, a veces, incluso llegaba a minimizar el auténtico valor de sus trabajos, modelos de saber y precisión tanto en el fondo como en su forma.

Cualidad relevante, por lo inusual, era también su prudente y singular equilibrio, en el que se transparentaba siempre una actitud de sosegada tranquilidad, como si el tiempo no contase para él, incluso en circunstancias que pudieran originar la alteración de caracteres menos templados.

Pero a su modestia intelectual y a su ponderado equilibrio se unía un profundo sentido de responsabilidad en todo su quehacer humano y profesional reflejado no sólo en tareas de evidente alcance, sino incluso en aspectos de simple detalle, por él siempre minuciosamente cuidados.

Estas y otras cualidades no menos significativas aparecían

enmarcadas en el profesor Terés por su fina sensibilidad y su bondadosa generosidad, siempre dispuesta a escuchar, aconsejar, dirigir y ayudar. En este sentido, ¡cuántas horas de su vida consagradas a discípulos —tanto árabes como españoles—, amigos y compañeros, cuando a él se acudía en busca de orientación o del dato concreto! De otro lado, y no obstante su recto criterio y su justa valoración, ¡cómo ponderaba siempre los elementos positivos y trataba de explicar comprensibles desviaciones, en el trance de enjuiciar exámenes, ejercicios de oposición y trabajos ajenos!

Desde el punto de vista profesional, y a pesar de que en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (1975) manifestaba con impresionante modestia, al enjuiciar sus realizaciones, “la parcela de cultivo es chica, el surco somero y el paso lento”, los trabajos del profesor Terés representan por su número, variedad, claridad expositiva y seriedad científica, una valiosa aportación en distintas vertientes de la cultura árabe, pero sobre todo en el campo de la literatura arábigoandaluza y en el complejo mosaico de la toponimia peninsular.

En cuanto a la literatura arabigoandaluza, el punto de partida de su trayectoria y el verdadero germen de su ulterior producción, fue el trabajo realizado en su tesis doctoral para reconstruir, en lo posible, la antología titulada *Kitāb al-ḥadā'iq* o “Libro de los huertos”, compuesta por Ibn Faraȳ de Jaén para emular la famosa obra del oriental Ibn Dāwūd de Bagdad, *Kitāb al-Zahra*, “Libro de la flor [o del planeta Venus]”; trabajo lento y difícil, que proporcionó al doctorando los conocimientos necesarios y la técnica adecuada para enfrentarse a los problemas que plantea la correcta versión literaria de la poesía árabe y que él aplicaría luego en diferentes monografías consagradas a los más antiguos poetas arabigoandaluces, como Ibn al-Ṣamir, ‘Abbās Ibn Firnās, Mu'min ibn Sa'īd, etc., monografías aparecidas, casi todas, en la revista *Al-Andalus* y que pueden verse cronológicamente ordenadas por Soledad Gibert, junto con las restantes publicaciones del profesor Terés, en *Al-Qanṭara* (IV, 1983, 456-457).

Como complemento de la aludida serie de monografías, el profesor Terés recopiló en otros trabajos no menos interesantes las noticias contenidas en obras orientales sobre poetas arabigoandaluces cuya fama había sobrepasado las fronteras de la España musulmana, contribuyendo así al estudio de las relaciones entre la poesía

árabe de Oriente y la de al-Andalus en algunos de sus aspectos más significativos, como los reflejados en sus artículos *Préstamos poéticos en al-Andalus* y *Algunos aspectos de la emulación poética en al-Andalus*.

Como final de este apartado, no hemos de olvidar las dos síntesis redactadas por el profesor Terés bajo los títulos *La literatura arabigoespañola* (en "Historia General de las Literaturas Hispánicas", I, Barcelona 1949) y *Literatura arabigoespañola* (como apéndice a la *Islamología* del P. Félix M.^a Pareja); estructuradas con precisión y claridad, aún hoy siguen siendo útiles, máxime en el contexto de las obras en que vieron la luz.

En cuanto al segundo de los campos a que antes aludí, el complejo mosaico de la toponimia, y también de la hidronimia, hispanoárabe, el interés y la dedicación del profesor Terés fueron aumentando progresivamente, sobre todo, durante el último tercio de su vida profesional y se plasmaron en valiosos estudios, fruto de su certera y paciente investigación; entre ellos, tan sólo voy a subrayar aquí los tres siguientes: "Sobre el nombre árabe de algunos ríos españoles", publicado en *Al-Andalus* (XLI, 1976, pp. 409-443); "Al-^aAqaba. Notas de toponimia árabe", aparecido en la misma revista (XLIII, 1978, pp. 369-403), y, especialmente, la obra de conjunto en la que, desde hacía años, venía trabajando con enorme ilusión; obra actualmente en prensa y que esperamos con verdadero interés: *Materiales para el estudio de la toponimia hispanoárabe*. Tomo I, *Nómina fluvial*, 528 pp.

Mas, aparte los dos campos aludidos, asiduamente cultivados por el profesor Terés, su siempre despierta curiosidad científica así como determinadas circunstancias coyunturales le propiciaron incursiones no menos interesantes por otras parcelas de la ciencia y la cultura árabes, como, por ejemplo, su colaboración con César E. Dubber en *La versión árabe de la "Materia Médica" de Dioscórides*, el estudio consagrado a *El Diccionario español-latino-arábigo del P. Cañes*, y su trabajo relativo a *La espístola sobre el canto con música instrumental de Ibn Hāz̄m de Córdoba*, tema que cuadraba muy bien con las aficiones poético-musicales del profesor Terés, tan buen guitarrista como conocedor del cante flamenco y que, además, realizaba sus escauceos por los campos del dibujo y la pintura.

He de recordar, por último, uno de los trabajos del profesor Terés que puede prestar gran utilidad a cuantos laboramos en la

parcela del arabismo y al que él hubo de consagrar muchas horas durante años, cual es el Catálogo de los manuscritos árabes de la "Colección Gayangos", conservados en la Real Academia de la Historia; Catálogo por él admirablemente sintetizado en su discurso de ingreso, como miembro de número, en dicha Corporación.

Muchos son los recuerdos que en mi mente se agolpan cuando me dispongo a concluir esta breve nota dedicada a la memoria de don Elías Terés; en estos momentos tengo la misma sensación de nostalgia que experimenté aquella tarde de su última primavera que pasé junto a él, ya encamado pero aún optimista respecto a la dolencia que lo aquejaba. Sin saberlo, tal vez aquella nostalgia fuese el presentimiento de que pocos meses después nos iba a dejar, casi de puntillas, para no molestar, como había sido norma constante en su vida.

La impresión que en mí ha dejado como hombre, profesor, amigo y compañero es tal que su ejemplaridad pervivirá siempre en mi recuerdo, con la esperanza de volver a encontrarnos de nuevo en otra tarde de primavera, pero ya inmarcesible y eterna.

Darío Cabanelas, Ofm.